

de aquellos mozos á quienes amenazaste con el tormento en Cacabelos llenando á todos de miedo. El taymado respondió muy friamente que le hablaba una gerigonza que él no entendia; y como ratificó y mantuvo hasta el fin aquel solemnísimo embuste, mi libertad se diferió hasta mejor ocasion. Hijo, me dixo el Corregidor, bien ves que el arriero no concuerda con lo que declaraste, y así no puedo soltarte por mas que lo deseo. Convínome, pues, armarme nuevamente de paciencia, y resolverme á estar todavía á pan y agua, y sufrir al silencioso carcelero. Quando pensaba que no podia salir de entre las garras de la Justicia, siendo así que no habia cometido delito alguno, me desesperaba con este triste pensamiento, y echaba menos el lóbrego soterraneo. Todo bien considerado, me decia yo á mí mismo, allí me hallaba menos mal que en este hediondo calabozo. Por lo menos en aquel comia y bebia alegremente con los ladrones. Divertíame con ellos, y me consolaba la esperanza de poderme escapar algun dia; pero de aquí seré quizá muy feliz si solo puedo salir para ir á galeras, á pesar de mi inocencia.

## CAPITULO XIII.

*Por qué casualidad sale Gil Blas de la cárcel, y adónde se dirigió despues.*

Mientras yo pasaba los dias y las noches en desvariar, entregado á mis tristes reflexiones, se esparcieron por la Ciudad mis aventuras, ni mas ni menos como yo las habia dictado en mi declaracion. Muchas personas me quisieron ver por curiosidad. Venian unas en pos de otras, y se asomaban á una ventanilla que daba luz á mi prision, y despues de haberme mirado por algun tiempo se retiraban silenciosas. Sorprendiome aquella novedad. Desde mi entrada en la cárcel nunca habia visto alma viviente asomarse á la tal tronera, aun mas que ventanilla, la qual caía á un sucio corral, donde habitaban el silencio y el horror. Esto me hizo creer que yo hacia ruido en la Ciudad, pero sin acertar á pronosticar si seria para mal ó para bien.

Uno de los que ví en cierta ocasion fué aquel muchacho ó niño de coro de Mondoñedo, que en Cacabelos se escapó, como yo, por miedo del tormento. Conocíle luego, y él no fingió desconocerme, como lo habia fingido el arriero. Saludámonos uno y otro, y entablamos una larga conversacion, en la qual me ví precisado á hacerle una nueva relacion de

de mis aventuras. Por su parte me contó lo que habia pasado en el Meson de Cacabelos entre el arriero y la muger, despues que yo huí agitado del terror pánico. En una palabra: contóme todo lo que dexo ya dicho. Despidióse despues de mí, prometiéndome que sin perder tiempo iba á hacer todo lo posible para que me dieran libertad. Desde entónces todas las personas, que como él habian venido á verme por mera curiosidad, me aseguraron que mis desgracias las movian á compasion, ofreciéndoseme al mismo tiempo unirse con aquel mozo para solicitar que me librasen de la cárcel.

Cumplieron efectivamente su palabra. Hablaron en favor mio al Corregidor, que no dudando ya de mi inocencia, particularmente desde que el niño de coro le contó todo lo que sabia, tres semanas despues vino á la prison, y me dixo: Gil Blas, aunque si fuese yo un Juez severo podria detenerte aquí, no quiero dilatar mas tu causa. Vete: ya estas libre, y puedes salir quando quisieres. Pero dime: (prosiguió) ¿si te llevaran al bosque donde estaba el soterraneo, no le podrias descubrir? No Señor, le respondí; porque como entré en él de noche, y salí antes del dia, no me sería posible dar con él. Con eso se retiró el Juez diciendo que iba á dar orden al carcelero que me franquease la puerta. Con efecto un momento despues vino el Alcayde con sus

satélites, que traían un paquete de tela, los quales con mueha gravedad, y sin decir una sola palabra, me despojaron de la casaca y de los calzones, que eran de paño fino, y casi nuevo, y me metieron por la cabeza una especie de chamarreta muy vieja y muy raída, á manera de escapulario, y concluida esta ceremonia me pusieron á la puerta de la cárcel echándome fuera de ella.

La confusion que padecí, al verme en tan mal equipage, moderó mucho la alegría que comunmente tienen los presos quando han recobrado su libertad. Tuve impulsos de salirme inmediatamente de la Ciudad por huir la vista del pueblo, que no podia sufrir sin vergüenza y sin rubor; pero pudo mas mi agradecimiento. Fui á dar las gracias al cantorcillo ó niño de coro, á quien tenia tanta obligacion. No pudo dexar de reir luego que me vió. A lo que advierto, dixo, parece que la justicia ha hecho contigo todas sus habilidades. No me quejo de la justicia (le respondí): ella en sí es muy justa. Solamente desearia yo que todos sus oficiales fueran hombres de bien y de conciencia. A lo menos me pudieran haber dexado mi vestido; pues me parece que no le habia pagado mal. Convengo en eso, me replicó; pero dirán que esas son formalidades que indispensablemente se deben observar. Y si no dime: ¿crees por ventura que el caballo en que veniste se ha de restituir á su primo?

mer dueño? No pienses en eso. El tal caballo está actualmente en la caballeriza del Escribano, donde se depositó como una prueba del delito, y yo estoy persuadido á que su amo verdadero nunca volverá á ver ni siquiera la gualdrapa. Pero mudemos de conversacion, continuó el cantorillo: ¿qué ánimo tienes, y qué piensas hacer ahora? Mi ánimo es (le respondí) irme derecho á Burgos, á buscar á la dama que liberté de los ladrones. Naturalmente me dará algun dinerillo, con el qual compraré unos hábitos largos, y partiré á Salamanca, donde negociaré con mi latin. Mi mayor embarazo es que estoy lejos de aquella Ciudad, y es menester vivir en el camino. Ya te entiendo, me replicó, aquí tienes mi bolsa. Está un poco vacía á la verdad, mas ya sabes tú que un pobre cantor no es un Obispo. Al mismo tiempo la sacó, y me la puso en las manos con tan buena gracia, que no pude menos de aceptarla. Agradéciselo tanto como si me hubiera hecho dueño de todo el oro del mundo, y le pagué con mil protestas de servirle: cosa que nunca tuvo efecto. Despues de esto nos despedimos, y yo salí de aquel Pueblo sin ver á ninguna de las otras personas que habian contribuido á libramme de la prision, contentándome de darlas dentro de mi corazon mil y mil bendiciones.

El cantorillo tuvo mucha razon en no hacer ostentacion de su bolsa, porque en realidad

encontré en ella poco dinero, y todo en calderilla. Por fortuna habia dos meses que estaba acostumbrado á una vida muy frugal, y todavía me restaban algunos reales quando llegué al Lugar de Puente Mula, poco distante de Burgos. Detúveme en él para tomar algunas noticias de Doña Mencía. Entré en un Meson, cuya Mesonera era una muger pequeña, muy enjuta, vivaracha, y de mala condicion. Luego conocí que no la habia gustado mucho mi chamarreta, lo que facilmente la perdoné. Sentéme á una asquerosa mesa, donde comí un pedazo de pan con un quarteron de queso, y bebí algunos tragos de un detestable vino que me presentaron. Durante la comida, que era muy correspondiente á mi equipage, quise entablar conversacion con la huésped. Preguntéla si conocia al Marques de la Guardia, si estaba lejos su casa de campo, y sobre todo en qué habia parado la Marquesa su muger. Muchas cosas me preguntais, respondió muy desdeñosa. Sin embargo me contextó en abreviatura, y de muy mala gracia, diciendo que la casa de campo de Don Ambrosio distaba una legua corta de Puente Mula.

Despues que acabé de beber y de cenar, como era ya de noche, mostré que deseaba recogerme, y pedí un quarto. ¡Un quarto para él! me dixo la Mesonera, mirándome fixamente con fiereza y con desprecio. ¡Un quarto

para él! Mis quartos los reservo yo para gentes que no cenan pan y queso. Todas mis camas estan ocupadas , porque estoy esperando á ciertos Caballeros de importancia que vienen á dormir aquí esta noche. Lo mas con que te puedo servir es con el pajar , porque creo no será la primera vez que hayas dormido sobre paja. En esto decia mas verdad de lo que ella misma pensaba. No la repliqué palabra ; abracé sabiamente el partido que me proponia ; fuime al pajar , y dormí con tranquilidad , como hombre que ya estaba hecho á la fatiga.

## CAPITULO XIV.

*Recibimiento que le hizo en Burgos Doña Mencía.*

No fuí perezoso en levantarme al dia siguiente. Fuí á ajustar mi cuenta con la huéspededa , que ya estaba en pie , y me pareció de mejor humor que el dia antecedente. Atribuílo á la presencia de tres honrados alguaciles de la Santa Hermandad , que con mucha familiaridad se estaban bufoneando con ella , y serian sin duda los Caballeros de importancia para quienes estaban ocupadas todas las camas. Pregunté en el Lugar por el camino que guiaba al castillo ó casa de campo adonde yo queria ir , y se lo pregunté á un paysano que me deparó la suerte , del

mismo caracter que mi antiguo mesonero de Peñafior. No contento con responderme á lo que le preguntaba , añadió que Don Ambrosio habia muerto tres semanas antes , y que la Marquesa , su muger , se habia retirado á un Convento de la Ciudad , que me nombró. Al punto me encaminé derecho á Burgos , y sin pensar ya en la casa de campo , volé en derechura al Monasterio donde me dixeron que se hallaba Doña Mencía. Supliqué á la tornera se sirviese decir á aquella dama que deseaba ponerse á sus pies un mozo recién salido de la cárcel de Astorga. Inmediatamente fué á darla el recado la Tornera. Volvió esta , y me hizo entrar en un locutorio , donde dentro de poco ví llegar muy enlutada á Doña Mencía.

Bien venido seas , Gil Blas , me dixo aquella Viuda con modo muy afable. Quatro dias ha que escribí á un conocido mio de Astorga , suplicándole que te fuese á visitar , y que de mi parte te rogase me vinieses á ver inmediatamente que salieses de la prision. Nunca dudé que presto te darian libertad. Bastaban para esto las cosas que yo dixé al Corregidor en descargo tuyo. Respondiéronme que ya estabas libre con efecto , pero que no se sabia dónde te hallabas , ni dónde habias ido á parar. Temí no volverte á ver mas , ni tener el gusto de darte alguna prueba de mi agradecimiento. Consuélate (añadió) concien-

ciendo que estaba avergonzado de presentarme á ella en tan miserable traje: no te dé pena alguna el hallarte en el infeliz equipage en que te veo. Despues del gran servicio que me hiciste, sería yo la muger mas ingrata del mundo sino hiciera algo por tí. Dios me ha dado lo bastante para poder corresponderte sin incomodarme.

Las aventuras (continuó) que me sucedieron hasta el dia en que nos separaron para meternos en prision ya las sabes como yo: ahora voy á contarte lo que me sucedió desde entónces. Hice al Corregidor de Astorga una fiel relacion de toda mi trágica historia, y habiéndola entendido dispuso que me conduxesen á Burgos, y me entregasen á Don Ambrosio. Causó mi arribo una general y extrema admiracion, pero me dixeron que ya venia tarde, porque el Marques, profundamente herido de mi fuga, habia caído gravemente enfermo, y tanto que los Médicos desesperanzaban de su vida. Esta triste noticia fué un motivo mas sobre los muchos que ya tenia para llorar el rigor de mi fatal destino. Con todo eso quise que le avisasen de mi venida: entré despues en su quarto, y corrí á arrojarme de rodillas á la cabecera de su cama, anegado en lágrimas el semblante, y el corazón traspasado de dolor. ¿Quién te ha traído aquí? me dixo luego que me vió. ¿Vienes á complacerte en la obra de tus manos? ¿No te bastó

ha-

haberme quitado la vida? ¿Era menester, para mayor satisfaccion tuya, que tus mismos ojos fuesen testigos de mi muerte? Señor, le respondí, ya os habrá informado Inés que yo huí con mi legítimo esposo, y á no ser el funesto accidente que me privó de él nunca mas me hubierais vuelto á ver. Referíle al mismo tiempo como Don Alvaro habia muerto á manos de unos ladrones, y como me habian conducido á mí á un lóbrego soterraneo, con todo lo demas que me habia sucedido hasta entónces. Apenas acabé de hablar quando me alargó amorosamente la mano, y me dixo con ternura: basta, hija; ya no me quejo de tí. ¿Pues qué! ¿debo por ventura culpar un proceder tan justo y de tanto honor? Hallásete de repente con tu legítimo esposo á quien adorabas, y me abandonaste por irte con él: ¿podré nunca condenar con razon una conducta dictada por la conciencia y la justicia? No por cierto; ninguna razon tendria para quejarme. Por eso no permití que ninguno te siguiese. Respetaba en aquella fuga al sagrado derecho que la hacia lícita y aun necesaria, como tambien el debido amor que profesabais á tu querido y verdadero esposo. En fin os hago justicia, y protexto que con haberte restituido á mi casa has vuelto á ganar toda mi ternura. Sí, querida Mencía, tu presencia me colma de gozo y de consuelo: ¡mas ay! quan poco me durará uno y otro. Conoz-

co

co que mi última hora se me vá acercando. Apenas la suerte me volvió á juntar contigo, quando me será necesario arrancarme de tí con el último á Dios. Redoblóse mi llanto al oír palabras tan amorosas, sintiendo y prorrumpiendo en una afliccion desmesurada. Aunque he adorado á Don Alvaro, no lloré tanto por él. Murió Don Ambrosio al día siguiente, y yo quedé dueña de la rica dote que me habia señalado en las capitulaciones. No es mi ánimo emplearla mal. Aunque soy todavía moza, ninguno me verá pasar á terceras nupcias. Esto, á mi parecer, solo es propio de mugeres sin pudor y sin delicadeza. Antes bien te digo que ya no tengo gusto por el mundo, y que quiero acabar mis dias en este Convento, y ser su bienhechora.

Tal fué el discurso de Doña Mencía; acabado el qual, sacó de la faltriquera un bolsillo, y me le tiró por la reja del locutorio adonde le pudiese alcanzar, diciendo: toma, Gil Blas, esos cien ducados, únicamente para que te vistas, y despues vuélveme á ver, porque no quiero que se limite á cosa tan corta mi agradecimiento. Rendí mil gracias á la dama, y la juré que no partiría de Burgos sin volver á despedirme de ella. Hecho este juramento (que estaba bien resuelto á no quebrantar) me fuí á buscar algun Meson. Entré en el primero que encontré: pedí un quarto, y para precaver el mal concepto que por la cha-

chamarreta se podia formar de mí, dixé al Mesonero, que aunque me veía en aquellos pobres trapos tenia con que pagar el gasto. Al oír estas palabras, el Mesonero, que se llamaba Majuelo, y era naturalmente un grandísimo bufon, mirándome, y examinándome atentamente de pies á cabeza, me dixo con cierto ayre maligno y chufletero, que no necesitaba de mi aseveracion para conocer que sin duda haría yo en su casa mucho gasto, porque entre los remiendos de aquellos malos trapos se divisaba en mi persona un no sé qué de noble, que le obligaba á creer que yo era un Caballero de grandes conveniencias. No dexé de conocer que el bellaco se estaba burlando de mí; y para cortar de repente sus bufonescas frialdades saqué mi bolsillo, y á vista suya conté sobre una mesa mis ducados, cuyas especies le obligaron á juzgar mas favorablemente de mí. Roguéle que me hiciese venir algun Sastre, á lo qual me replicó que seria mejor llamar á algun Ropero, el qual traeria diferentes vestidos de todas especies para que escogiese el que me pareciera mejor, con lo que me vestiria de una vez. Armóme el consejo, y determiné seguirle; pero como se acercaba ya la noche dilaté este negocio hasta el dia siguiente, y solo pensé en cenar bien para resarcir lo mal que habia comido desde que salí de la prision.

## CAPITULO XV.

*De qué modo se vistió Gil Blas ; del nuevo regalo que le hizo la dama , y del equipage en que salió de Burgos.*

Sirviéronme un copioso plato de manecillas de carnero fritas , y le comí casi todo. Bebí á proporcion , y despues fuíme á la cama. Era esta muy decente , y esperaba que luego se apoderaría de mis sentidos un profundo sueño. Pero engañéme , porque apenas pude cerrar los ojos , ocupada la imaginacion en qué género de vestido habia de escoger. ¿Qué haré , decia , seguiré mi primer intento de comprar una sotana y hábitos largos para ir á ser dómine en Salamanca? ¿Pero á qué fin vestirme de estudiante? ¿he de seguir acaso el estado Eclesiástico , ni tengo vocacion? Nada de eso. Mis inclinaciones son muy contrarias á la santidad que pide. ¿Pues alto ! quiero ceñir espada , y procurar hacer fortuna en el mundo.

Resolví , pues , vestirme de Caballero , bien persuadido que esto bastaria para alcanzar un empleo de importancia. Con tan lisongeras esperanzas estuve aguardando el día con grandísima impaciencia , y apenas rayó en mis ojos su primera luz quando salté de la cama. Hice tanto ruido en el Meson que despertaron

ron todos. Llamé á los criados que estaban todavía en cama , y me respondieron , echándome mil maldiciones. Al fin se vieron obligados á levantarse , y les dí orden que me traxesen el Ropero. No tardó en llegar este con dos mozos cargados cada uno con un gran saco. Saludóme con grandes cumplimientos , y me dixo : Caballero , ha tenido Vmd. fortuna en dirigirse á mí mas bien que á otro. No quiero desacreditar á mis compañeros , ni permita Dios que haga el menor agravio á su reputacion. Mas aquí para entre los dos , ninguno de ellos sabe qué cosa es conciencia ; todos son mas duros que Judios. Yo soy el único de mi oficio que la tiene. Me ciño á una ganancia justa y razonable , contentándome con un real por cada quarto : equivoquéme , quise decir con un quarto por real.

Despues de este preámbulo , que yo creí tontamente al pie de la letra , mandó á los mozos que desatasen los fardos. Mostráronme vestidos de todos géneros y colores : muchos de ellos de paño enteramente lisos. Deseché estos con desprecio por demasiado humildes. Presentáronme despues otro que parecia haberse cortado expresamente para mí , el qual me deslumbró , sin embargo de que estaba un poco usado. Se componia de casaca , chupa y calzones , la casaca con mangas acuchilladas , y todo él de terciopelo azul bordado de oro. Escogí este , y pregunté el precio. El Prende-

ro, que conoció quanto me agradaba, me dijo: en verdad que es Vmd. un Señor de gusto muy delicado, y se vé bien que lo entiende. Sepa Vmd. que ese vestido se hizo para uno de los primeros sugetos del Reyno, que solo le usó tres veces. Observe bien la calidad del terciopelo, y hallará que es del mejor: ¿pues qué diré de la bordadura? no parece cabe mayor delicadeza ni primor. Y bien, le pregunté, ¿quánto quieres por él? Señor, me respondió, ayer no le quise dar por sesenta ducados, y si esto no es cierto, no sea yo hombre de bien. (A la verdad la imprecacion era convincente.) Yo le ofrecí quarenta y cinco, aunque acaso no valia la mitad. Caballero, replicó él friamente, yo no soy hombre que pido mas de lo justo, ni rebaxo un ochavo de lo que digo la primera vez. Tome Vmd. este otro vestido, continuó presentándome el primero que yo habia desechado, que se le daré mas barato. Todo esto solo servia para irritarme mas la gana que tenia del otro; y como me imaginé que no rebaxaria ni un maravedí de lo que habia pedido, le conté sus sesenta ducados. Quando vió la facilidad con que se los habia dado, juzgo que, no obstante la delicadeza de su rígida conciencia, se arrepintió mucho de no haberme pedido mas. Pero al fin, contento de haber ganado á real por quarto, se despidió con sus mozos, á los quales tampoco de-

dexé de agasajar, dándoles para beber.

Viéndome ya con casaca, chupa y calzones muy preciosos, comencé á pensar en lo restante para presentarme en la calle con toda autoridad y decencia, lo que me ocupó toda la mañana. Compré lienzo, sombrero, medias de seda, zapatos, y un espadín. Vestíme inmediatamente; ¡pero qué gozo fué el mio quando me ví tan bien equipado! Ningun pavo real se complació nunca tanto al mirar y remirar el dorado plumage de su cola. En aquel mismo dia pasé á visitar segunda vez á Doña Mencía, la qual me recibió con la mayor urbanidad y agasajo. Dióme nuevas gracias por el servicio que la habia hecho, y á que siguió una salva de recíprocos cumplidos. Despues deseándome en todo la mayor prosperidad, se despidió de mí, y se retiró, regalándome solo una sortija de treinta doblones, y suplicándome la conservase siempre por memoria.

Quedéme frio quando me ví con la tal sortija, porque habia contado con regalo mucho mas considerable. En esta suposicion, mal contento de la generosidad de la dama, me restituí al Meson haciendo mil kalendarios; pero apenas llegué á la Posada quando entró en ella un hombre que venia tras de mí, el qual des- embozando la capa mostró un talego bastantemente largo que traía baxo el sobaco. Quando ví el talego, que parecia lleno de mone-



da , abrí tanto ojo , y lo mismo hicieron algunas personas que estaban presentes ; y me pareció oír la voz de un serafín quando aquel hombre me dixo poniendo el talego sobre una mesa : Señor Gil Blas , mi Señora la Marquesa suplica á Vmd. se sirva admitir esta corteidad en prueba de su agradecimiento. Hice mil profundas reverencias al portador , atestéle de cortesias , y luego que salió del Meson me arrojé sobre el talego como un gavilan sobre su presa ; y llevémele á mi quarto. Desatéle sin perder tiempo , vaciéle sobre una mesa , y me encontré con mil ducados en él. Acababa de contarlos quando el Mesonero , que habia oído las palabras del portador , entró para saber lo que contenia el talego. Dióle mucho golpe la vista de tanta plata , y exclamó admirado. ¡Fuego de Dios , y cuánto dinero ! Sin duda sabeis (añadió con malicia) sacar buen partido de las damas. Apenas ha veinte y quatro horas que estais en Burgos , y ya poneis en contribucion á las Marquesas !

No me desagradó esta sospecha ; y estuve tentado á dexar á Majuelo en su error por lo que lisonjeaba á mi vanidad. Y no me admiró de que los mozos se alegren de ser tenidos por afortunados con las mugeres ; pero pudo mas en mí la inocencia que la vanagloria. Desengañé al Mesonero , y le conté toda la historia de Doña Mencía. Oyóla con singular atencion , y despues le confié el estado de mis

ne-

negocios , suplicándole , pues se mostraba tan interesado en servirme me ayudase con sus consejos. Quedóse como pensativo algun tiempo , y tomando luego un ayre serio , me dixo: Señor Gil Blas , confieso que desde que ví á Vmd. le cobré particular inclinacion ; y pues le merezco la confianza de que me hable con tanta franqueza , debo corresponderle diciéndole sin lisonja lo que siento. A mí me parece que Vmd. es un hombre nacido para la Corte , y así le aconsejo se vaya á ella , y procure introducirse con algun gran Señor , procurando mezclarse en sus negocios , y sobre todo en los de sus pasatiempos y devaneos ; sin lo qual perderá Vmd. el tiempo , y nada adelantará con él. Conozco bien á los Grandes. Ningun aprecio hacen del zelo y de la lealtad de un hombre de bien. Solo estiman las personas que les son necesarias para sus fines. Ademas de este tiene Vmd. otro recurso : es mozo , bien hecho , galan , y esto , aun quando fuera un hombre sin talento , bastaba y sobraba para encaprichar á su favor alguna viuda poderosa , ó alguna hermosa dama mal casada. Si el amor empobrece á muchos ricos , tal vez sabe tambien hacer ricos á los que eran pobres. Soy pues de parecer , que vaya Vmd. á Madrid : pero conviene se presente con ostentacion ; pues allí , como en todas partes , se juzga de las personas , no por lo que son , sino por lo que aparentan ser ; y Vmd. solamente

men-

mente será considerado á proporcion de la figura que hiciere. Yo quiero darle un criado, mozo fiel, cuerdo y prudente; en fin un hombre de mi mano. Compré Vmd. dos mulas, una para sí, y otra para él, y sin perder tiempo parta lo mas presto que le sea posible.

No podia menos de abrazar un consejo que era tan de mi gusto. Al dia siguiente compré dos mulas, y recibí el criado que Majuelo me propuso. Era un hombre de treinta años, y de una idea humilde y devota. Dixome ser rayano de Galicia, y llamarse Ambrosio Laméla. Lo que mas admiré en él fué que siendo los demas criados por lo comun muy interesados, este no se paraba en pedir gran salario. Dixome que en este punto se contentaria con lo que le quisiese dar. Compré botines, y una maleta para llevar mi ropa y mis ducados; ajusté la cuenta con el Mesonero, y al amanecer partí de Burgos camino de Madrid.

## CAPITULO XVI.

*Donde se ve que ninguno debe fiarse mucho de la prosperidad.*

**D**ormimos en Dueñas la primera jornada, y el dia siguiente entramos en Valladolid á las quatro de la tarde. Apeámonos en un Meson, que

que me pareció seria el mejor de la Ciudad. Mi criado se fué á cuidar las mulas, y yo mandé á un mozo de la Posada llevase la manga al quarto que me señalaron. Llegué tan fatigado, que sin quitarme los botines me eché sobre una cama, donde insensiblemente me quedé dormido. Era ya casi noche quando desperté. Llamé á Ambrosio; no estaba en el Meson, pero tardó poco en parecer. Preguntéle de dónde venia, y me respondió devoto y compungido, que de una Iglesia á dar gracias al Señor por habernos librado de toda desgracia en el camino. Alabéle su devocion; y le mandé que encargase me dispusiesen algo que cenar.

Al mismo tiempo que le hablaba entró en mi quarto el Mesonero con una hacha encendida en la mano, alumbrando á una dama ricamente vestida, la qual me pareció mas hermosa que jóven. Dábala el brazo un Escudero, y un negrillo la levantaba y llevaba la cola. Halléme no poco sorprendido, quando la dama despues de hacerme una ayrosa y profunda reverencia me preguntó si por ventura seria yo el Señor Gil Blas de Santillana. Apenas la respondí que sí, quando se desprendió del Escudero, y vino apresuradamente á darme un abrazo, con tal alborozo y alegría, que añadió muchos grados á mi admiracion. ¡Sea mil veces bendito el Cielo (exclamó ella por tan dichosísimo encuentro!) A  
Vmd.